

EL DEFENSOR DEL OBRERO

El socialismo y los antiguos gremios

La revolución del 93, de donde como de turbia y cenagosa charca brotaron las doctrinas de la democracia socialista, era partidaria del individualismo y enemiga de toda asociación; ella fué la que deshizo los antiguos gremios que nacieron, se extendieron y prosperaron al calor de las ideas religiosas y a la sombra bienhechora de la Iglesia.

Cada una de las agremiaciones tenía por patrón a un Santo, y el nombre de las mismas aun se conserva en muchas de las calles de las ciudades que cuenta España.

Ellas murieron, mas en pos de sí dejaron como venerandos recuerdos grandiosos monumentos, algunos de los cuales han sido destruidos por la democracia socialista atacada de *Cristomisia*; sin embargo, se conservan otros que van diciendo, a todas las generaciones que los contemplan, que nuestra patria en tiempos pasados, fué grande porque era muy religiosa.

Perseguida, despojada y empobrecida la Iglesia por dicha revolución y las que le siguieron, y empleando todas sus fuerzas y energías en luchar a fin de cumplir en tan azaroso período la elevada misión de salvar las almas, no pudo rehacer los gremios, y en las tabernas, y en los clubs los corifeos de la demagogia, gente viciosa y *divida de pescar a río revuelto*, soliviantó al pueblo y a los obreros con el señuelo de la nivelación social, enseñándoles a la vez a renegar de Dios y de la vida futura, e incitándoles contra los favorecidos de la fortuna, y por fin haciéndoles concebir la loca esperanza de que pronto hallarían su paraíso en la tierra, apoderándose de los bienes de los ricos.

Como la unión hace la fuerza, se organizó la internacional y formáronse los sindicatos y centros socialistas, todos los cuales son hijos de la revolución, de suerte que en vez de llenar la misión de los antiguos gremios haciendo florecer las artes, la industria y el comercio, los paralizan con los daños y perjuicios que con sus huelgas y sabotaje les causan, huelgas muchas de ellas no justificadas, ya que a éstas son compelidos los obreros por una *despótica oligarquía*, que ellos han levantado sobre el pavés, la cual les explota y exquilma haciéndoles además ciego instrumento de sus ambiciones.

Mas cuando para la Iglesia brillaron días más tranquilos aunque no de completa paz y cosegada bonanza, extendió ésta su mano protectora a sus queridos hijos los pobres, los desvalidos y los obreros, formando centros y sindicatos para preservar a los unos y a otros, arrancándoles de las garras del socia-

lismo; tales pueden considerarse como un resurgimiento de los antiguos gremios.

Si los ricos y potantados, comprendiendo el peligro que para ellos encierra la democracia socialista, se aproximasen cada vez más al miserable que depende de un triste jornal, y ayudarían eficazmente a la Iglesia en la grandiosa empresa que ha tomado bajo su cargo de la creación de sindicatos católicos, decrecería el socialismo y muchos de los que engrosan sus filas se acogerían a los mismos, recibiendo una herida mortal la obra de la revolución.

LA CORBÁN.

A media noche

A través de la neblina
desciende pálida y lenta
la claridad mortecina
de la luna, que ilumina
la llanura soñolienta.

Por su resplandor bañadas
álzase mudas y heladas
en torno del monasterio
las tumbas dismanteladas
del trágico cementerio.

Y en las lápidas deslertás
desamparadas y yertas
sin flores, palmas, ni luces
abren sus brazos las cruces
de las esperanzas muertas.

Brotando de la neblina
recorre lenta y callada
una aparición divina
la llanura desolada
que a su paso se ilumina.

Fugaz, indecisa y leve,
su imagen pálida y breve
recuerda esas sombras vanas
sin contornos ni relieve
de las memorias lejanas.

Y por los claustros dormidos
la blanca visión se interna,
sin que aviven sus gemidos
los ecos adormecidos
de la soledad eterna.

Donde ayer libres de abrojos
brotaban las ilusiones,
hoy solo encuentran sus ojos
los olvidados despojos
de las muertas emociones.

Y sin esperanza alguna
de la neblina entre el misterio,
Va deshojando una a una
las flores del cementerio
al resplandor de la luna!

VICTOR SAIZ

Estudios Sociales

EL KIOSCO.

VIDA DE LA CALLE

Como la sombra al cuerpo, así siguen al Kiosco hombres de todas artes y oficios: betuneros, buhoneros, desholline-

ros, cocheros, mozos de cuerda, voceros de periódicos, golfos, haraganes, zacamidiles, gente holgazana, socarrona, maleante, corretones, desouideros y azotacalles que no le dejan nunca: es el resco de los que no tienen hogar, la casa común de los que viven en la calle.

Hospitalario y pródigo a todos beneficia. Oye sus consejos, recibe sus recaudos, proporciona papelotes, cambia inoneda, vende pipas, plumas, betún, lápices y otras fruslerías, y deja mirar a todo el mundo, completamente gratis y por el tiempo que quieran, las mil y una publicaciones, recién llegadas de las prensas y tendidas al sol de todo el día.

Es una institución abierta y democrática: algo así como de nadie y de todos, una especie de janja intelectual, medio ateneo y medio calle, terreno «nullius», solar de libertad, puerto franco, república sin jefe, sin ley, semilla de «europa», ¡la civilización en el arroyo!

Y, por esta su ancha hospitalidad y abierto corazón se le abren todas las puertas y se le dispensan todos los excesos, ¡La calle es libre!

Mas ojalá que todo acabase en la calle pero por desgracia, en la calle empieza el mal y termina en el hogar, y más adentro aún, en el corazón de los individuos.

En efecto: caen las nieblas de la noche y rondan el Kiosco los mismos oficios y personajes de todo el día; disminuidos empero los oficios, cocheros, betuneros, mozos de cuerda, y aumentados considerablemente los hombres de siniestra catadura: pícaros, rufianes, alcahuetes maleantes; pero el Kiosco, ni sombra de lo que fué: cerrada la puerta de entrada, cegada la boca de salida, apagadas las luces, desaparecidos flámulas y gallardetes, vacío de dentro, sin nada por fuera, se parece al Kiosco de la mañana, como se asemejan el orgulloso aerostato cargado de humos y flocos, luminoso y fosforescente, que sube cielo arriba, y el mismo aerostato, tumbado por los aires, deshinchado y roto, huecos y rugoso, que se agacha sobre el suelo, o queda prendido, para más público escarnio en la valeta de de un campanario.

¿Dónde están las publicaciones, malféticas y perversas, de Kiosco? ¡En los salones, en los hogares; en el alma de los niños, en el corazón de las doncellas, en la conciencia de los hombres!

¡El atroyo en el corazón, el libertinaje en las almas!

RICARDO ARAGÓ

El Padre Nuestro

El sol naciente de una hermosa mañana del mes de Junio hería con sus rayos las altas copas de los cipreses del modesto cementerio en que Mad. de Révannes oraba, como tenía por cos-

tumbre desde hacía cuatro años. Cuatro años que se presentaban bruscamente a la memoria de la acongojada señora como una larga cadena de agudos sufrimientos, porque justamente cuatro años antes, en la mañana de un día como aquel (8 de Junio), fué hallado en un rincón del parque, bajo la sombra del viejo ruble, el cuerpo yerto de M. de Révannes, asesinado alevosa y misteriosamente.

Al hallazgo del cadáver siguió la instrucción con sus dolorosas emociones, después el arresto del criminal, Pedro Roques (un guardabosque despedido), la vista del proceso, el veredicto, y finalmente la ejecución.

¡Oh, la ejecución!

A la alborada de un día del mes de Abril, cuando la naturaleza recibía las primeras caricias de la primavera con brisas embalsamadas por el perfume de millares de flores, la cuchilla fatal descendía para cumplir el fallo de la ley; y con el semblante pálido, los dientes apretados, la frente contraída, la boca torcida por la horrible mueca de vengativa sonrisa, Mad. de Révannes, desde uno de los hoteles de la gran plaza, vió caer la cabeza del asesino.

Y la afligida viuda, todavía hermosa, bajo su aureola de cabellos rubios, entre los que se vislumbraban algunas tennes hebras plateadas, se acordaba de todo esto, de la terrible crisis, casi locura, y de la partida de *Bleigny*, a donde sólo volvía algunas veces, y sólo por horas, el tiempo suficiente para depositar una verdadera carga de flores sobre la tumba del esposo amado.

Todas aquellas tristes escenas afluían a su imaginación en aqu. l modesto cementerio poblado de cipreses, cuyas copas iluminaban los rayos del sol naciente de aquella mañana de Junio.

Recordaba todo esto y rezaba...

Cerca de Mad. de Révannes se hallaba su hija Juanita, delicada rubita de unos cinco años, cuyos vestidos de luto hacían resaltar las blancas mejillas y los ojos azules de la preciosa niña.

Juanita había llorado durante algunos momentos viendo llorar a su madre arrodillada entre flores sobre la lápida de mármol blanco: después sus lágrimas se secaron, alzó furtivamente su linda cabecita, y se puso a escuchar como extasiada el canto de los pastorcillos que se oía hacia su derecha por la parte de la colina que divisaba, y a la que la luz de la aurora prestaba débiles matices de violeta y rosa, el zumbido de los insectos que revoloteaban en el espacio, y el mugido, atenuado por la distancia, de los ganados que subían lenta y perezosamente, destacándose sobre el pálido azul del horizonte.

El crujido de unas ranas llamó súbitamente la atención de la niña: no lejos de ella, al otro lado del patio y